

**CUENTO N° 219**

**TÍTULO: MONDO CANE**

**SEUDÓNIMO: FRODO**

**AUTOR: JORGE ALBERTO JARA BACCIGALUPPI**

## Mondo Cane

Observo este buen pasar de los humanos y siento profunda envidia, y no pocas veces algo de rabia.

La casa es grande, con extensos jardines, árboles añosos, césped de un verdor alucinante donde tengo espacio para retozar y solazarme. El interior es acorde con ese entorno. La mayor parte de la vida familiar transcurre en un gran salón de estar. Un reloj étnico que dos figuras de ébano sostienen encima de la chimenea le otorgan un sello característico. Óleos de autores de prestigio, estanterías con numerosos libros, algunas fotos familiares, la mesa de caoba revestida de paño verde con cuatro sillas para jugar bridge, y el gran telón para TV y cine con varios sitaliales y sillones, terminan por enmarcar lo acogedor del lugar.

Soy mimado, me alimentan, me cobijan y llevan al veterinario, pero siempre percibo que lo hacen desde un dejo de superioridad. Me prohíben subirme en sus mullidas poltronas, bañarme en la piscina, o compartir en los asados que preparan con sus conocidos, y muchas veces me gritan y encierran.

El concierto del engaño data de muy antiguo, y debo recurrir a él si quiero mejorar mis condiciones de vida. He resuelto experimentar en primera persona qué se siente pertenecer a esa especie.

Comienzo por lo más fácil; a partir de este momento solo camino en dos patas, mi cabeza queda a la altura de las de ellos. Luego, para sobarles el ego, aprendo a hablar, usando el mismo lenguaje que les he escuchado durante tanto tiempo.

Qué alegres se ponen cuando me río de sus chistes, les elogio los zapatos a las mujeres y les canto mientras se duchan.

Jaque mate. No se han dado ni cuenta y ahora ya me acomodo al atardecer con ellos y comentamos los programas de la tele. Decido entonces arriesgar un poco más. Les preparo un pisco sour, los distraigo un poco y antes que se den cuenta, yo también me sirvo uno. Progreso a la velocidad que corre el agua, los he ido atrapando en la telaraña de la situación que he creado.

Actúo sin ningún escrúpulo. A esta altura ni se admiran cuando me ven usando el excusado. No puedo menos que recordar con disgusto mi vida anterior. Hace poco al hacer un recorrido por la vivienda me dieron arcadas al ver la casucha en que yo pernoctaba: hedionda, llena de pelos, lúgubre y ¡hasta con pulgas! No debo bajar la guardia si no quiero volver atrás.

Sin embargo, Samuel, niño rubio de mejillas sonrosadas, próximo a cumplir cuatro años, hablar vacilante y ojos inquietos, todavía no entiende todo lo que ha pasado e insiste en intentar jugar conmigo como antes. En eso estábamos, él persiguiéndome y yo arrancando de su agresividad inconsciente cuando logró darme alcance y enterró sus dientes en mi cola. El sofá de felpa granate al cual estaba subiéndome para librarme del suplicio quedó con la marca de mis patas en el tapiz roto. No habría manera de echarle la culpa a otro.

Me desmoroné. Estuve un buen tiempo sin comer ni levantarme. Mi quimera se había venido al suelo. Faltaba máximo un par de horas hasta que llegaran los dueños de casa desde la empresa que poseen, y toda mi estratagema con tanto

cuidado elaborada se desvanecería. En eso distinguí el polerón naranja y los blue jeans desteñidos de Froilán, el jardinero, que comparecía a su labor del cuidado de las plantas de interior. Es un viejo amigo mío, compañero de juegos y de saltos y carreras. Es un hombre grande, cara redonda, de mirada dulce, con pelos por todas partes, mandíbula casi inexistente y boca muy flexible que puede mover para todos lados. Me levanté animado y le pedí que se echase la culpa, utilizando el rastrillo de jardinería y un tropiezo accidental como justificación.

Arguyó -con su tono de voz bajo, de hombre humilde- que a pesar de todo el cariño que me tiene, el agradecimiento a los dueños por la oportunidad que le han otorgado, sacándolo de donde lo sacaron, es mayor. Y se niega. Percibo que se comienza a desmoronar de modo inexorable mi castillo de naipes edificado con tanto esmero.

Sucumbo en el desánimo, pero esta vez mi congoja dura menos y al poco rato recapacito. Las suyas no son explicaciones que me sensibilicen; sé por experiencia propia que parte del alma bien puede trocearse. Corro al jardín a buscarlo. Lo diviso aparando el césped de la cancha de tenis, con sus bototos mojados hasta la mitad del empeine, y su sombrero de lona que le cubre toda la cabeza excepto parte del pelo ensortijado que se le asoma por atrás. Espero que termine y me aproximo mientras camina con las herramientas hacia la bodega situada al fondo del amplio terreno.

Me armo con mis famosos ojos tristes, que tantos pedazos de carne y caricias me han granjeado. Hago uso de todos mis argumentos, me humillo y suplico. Hace una pausa, se saca el sombrero, se rasca la cabeza, apoya su brazo sobre la

cortadora de césped, me mira con sus ojos negros enmarcados por la piel reseca por el sol, niega con la cabeza meneándola de lado a lado y retoma su camino.

Mi desesperación ante su negativa hace que brote desde lo más profundo de mi alma el elemento de traición que existe en toda complicidad. Cuando llegamos a la bodega, entro yo primero y me dirijo a su extremo más recóndito y abro en sus propias narices una cortina negra que oculta una cama donde yo sé que él se encuentra clandestinamente con la cocinera. La conmoción y palpitations reflejadas en sus espesas cejas y el temblor en su barbilla lo delatan. Su tez cambia de color y percibo que lo tengo en mis manos. Hace una mueca de desazón, sus ojos se encumbran en su tenso rostro, sus fosas nasales se ensanchan, y con resignación me espeta con un gemido apenas audible: “Asumiré yo el rasgado de la tela”.

Una vez que se empieza y se da el primer paso no queda más que avanzar por el camino torcido, y retorcerlo. Apuntando alto ya he conseguido cama, velador, pijama y privacidad para planificar mis próximos movimientos antes de dormirme. El otro día me golpearon la puerta molestos por el ruido que yo estaba haciendo. Me sorprendieron riéndome a carcajadas acordándome de cuando para llamar la atención de ellos tenía que ladrar.

Aprendo conducción con el carrito eléctrico que usamos para el mantenimiento de la propiedad. La próxima fase será hacerlo en alguno de los autos de la casa. Con ello ganaré mayor autonomía y podré irme despidiendo de manera definitiva de mi vida de perro.

Una cosa lleva a la otra y mi nueva situación me ha exigido armarme de un vestuario acorde. Dispongo de atuendos formales e informales dependiendo de la ocasión. Frente al espejo ensayo un peinado con raya, que respira formalidad y estatus, y quedo listo para salir.

Es domingo en la mañana y nos dirigimos en familia todos a misa. Parecemos salidos de una revista de papel couché: erguidos, elegantes y emperifollados a más no poder. Le pedimos al chofer que antes nos deje en la plaza para que Samuel juegue un rato aprovechando el hermoso día en que el sol nos sonrío. A continuación, desde allí nos dirigimos caminando hacia la iglesia. Por las hermosas calles arborizadas y jardines llenos de violetas y jacintos que agregan color y perfumes al paseo, saludamos a los vecinos que andan en menesteres similares a los nuestros. Casi se podría olvidar donde estamos.

“Miau”. Un gato negro se cruza en el camino. Mi nuevo ser me permite ignorarlo, o fingir que lo hago, y continuamos nuestra caminata.

Cabeza en alto, apresuramos la marcha, pues caso contrario llegaremos atrasados. Samuel ve una heladería abierta y se tienta. Le compramos un cono de chocolate, su favorito, y seguimos con él feliz comiéndoselo. Una pareja también en afanes domingueros se nos aproxima de frente. Su ritmo es mesurado, se les ve contentos y emanan una atmósfera de alegría amorosamente compartida. Ella con pelo castaño suelto que la brisa del viento mueve sutilmente, muy blanca, rasgos armoniosos, usando una ligera blusa roja con pañoleta gris al cuello y falda a cuadros claros muy corta y él, más alto, bronceado, de facciones angulosas y canas incipientes, vestido con pantalones azules y polera blanca. No vienen solos,

pues están paseando a una Gran Danés -de pelaje arlequín, brillante y hermoso, distinto del mío gris oscuro- que es un sueño. Su caminar garboso, rítmico y femenino, irradia la elegancia tan típica de nuestra raza. Es ligeramente más larga que alta y se le nota afectuosa y alerta.

La observo con ansia y ella a mí. Mis instintos me delatan y mis piernas tiemblan. En un intento desesperado agacho la cabeza, pero llega a mis narices con fuerza el aroma del celo en pleno apogeo. Todos mis sentidos convergen hacia ella. Hago todavía unos últimos esfuerzos de contención, me acuerdo de las promesas que se me han hecho para Nochebuena, y de lo expectante que estoy a ese respecto. Pero he perdido buena parte del dominio sobre mi voluntad. Me la como con la mirada al cruzarnos el uno frente al otro. Se va perdiendo de vista a lo lejos a medida que ellos y nosotros avanzamos en sentidos opuestos; volteo la cabeza y percibo que ella ha hecho lo mismo. Bruscamente, alarmando a todos, me dejo caer en mis cuatro patas, saco mi aullido más seductor y advierto, mientras lo hago, cómo el telón de fin de la función va cayendo ante mis ojos. Sin ser capaz ya de aguantarme me voy corriendo de manera desenfrenada detrás de la cachorra. Mis acompañantes me miran con ojos desorbitados y en ese momento ...¡despierto!

Nombre del cuento: MONDO CANE

Autor: FRODO

Septiembre 2021